

La Generación de 1931 en Francia (1932-1957)

JUAN DEL AGUA*

ALAIN Besaneon, profesor de la École des Hautes Études, soviétólogo eminente y periodista prestigioso, ha publicado unas memorias de su infancia y juventud (1932-1957), *Une Génération*¹, a través de las cuales describe con dramatismo y penetración, además de su vida, los avatares de su generación durante un cuarto de siglo. El libro podría llevar el subtítulo: «Desde otra orilla después del naufragio». Porque, en realidad, de eso se trata: de un naufragio y de una salvación, y, desde la nueva ribera, de un alegato a «repartir d'un bon pied», según el impulso del amor y bajo la norma de la razón. «¿Qué queda de la familia de los años treinta —escribe en las páginas finales—, del medio social, del colegio, de la vida religiosa, literaria, universitaria que existían desde hace tantos siglos y que han venido como a una ribera del mar, a morir a mis pies? Todo esto ha pasado y ya no es reconocible. Es preciso recordarlo.» Recordarlo, sí, ahora que parece alejarse el ciclón, para empezar a reconstruir, sin ilusiones vanas, pero sin descanso.

ALEGRÍA FAMILIAR

Alain Be'sancon ha nacido en París en 1932. Su padre era un médico famoso y los abuelos, por ambos lados, poseedores de una gran fortuna. De los años de su niñez Besaneon recuerda el nacimiento de sus numerosos hermanos, la atmósfera de dignidad, etiqueta y alegría que, se respiraba en su familia, alegría que se extendía a las demás clases sociales, la bondad de su madre y de sus abuelas, los jardines de las fincas en que pasaba largas temporadas, cuidados y bellos, dentro de un paisaje general ordenado y civilizado, del mejor gusto. Del clima de alegría y contento es testigo una vieja foto «de mi hermana y yo sentados en un pequeño muro, iluminados los dos por una risa tan perfecta, tan plena, tan feliz, que expresa la más alta imagen de la alegría que hemos podido alcanzar. Después, los momentos alegres de nuestra vida no han sido más que el eco de aquella». Tampoco los jardines de ahora son como los de aquellos años, llenos de frutos sabrosos, de árboles bien podados, de flores, de animalillos y de misterio, encuclidores de juegos, de soledad y de ensueños. Ciertamente que aún los hay bellos. Es el entorno que ha cambiado: a causa de construcciones arbitrarias, del monocultivo que rompe el equilibrio ecológico y la variedad vegetal, de la contaminación, de la negligencia. Hoy

* 1941. Catedrático de Filología.

¹ Julliard. París, 1987.

los jardines parecen insertos en otro mundo, «parecen oasis, conquistados, no a una tierra inculta, sino frente a la aspereza y esterilidad de la época».

La guerra y la ocupación alemana fueron los arietes que acabaron de derribar los ya fisurados muros de una época convulsiva. A principios de siglo, la separación de la Iglesia y del Estado se hizo en un clima torvo y extremo de anticristianismo; la renovación del pensamiento cristiano se vio frenada por los excesos reaccionarios del integrismo y el peligro modernista, anulando así la posibilidad de una intervención social eficaz de los católicos; privando a la Iglesia de un prestigio necesario en aquel momento europeo tan cargado de tormentas; el *affaire* Dreyfus llevó la discordia a extremos aberrantes; la Primera Guerra Mundial a una sangría sin precedentes y a la exacerbación de los nacionalismos y el olvido de la realidad europea; la aparición de los totalitarismos — bolchevismo, fascismo, nazismo— creó una politización inducida que penetró todos los ámbitos de la vida, reduciendo a ésta a una caricatura de sí misma; el arte y la literatura fueron presa del «originalismo» y de la frivolidad; el hedonismo impregnó todas las capas de la sociedad. Por último, la derrota del 40, la colaboración y la posterior depuración agravaron aún más las cosas. No olvido la otra cara del siglo **XX**, la de la *invención*: en ciencia, técnica, literatura, pensamiento, religión. Pero, salvo la utilización de la técnica, las demás innovaciones no han penetrado en las sociedades de Occidente, que han vivido muy principalmente de ideas y creencias, simplificadas a menudo, del siglo XIX. Por eso, el cambio de actitud que, al acabar la guerra, Besancon observó en sus padres —no en sus abuelos—, la volatilización de la alegría y la acritud que adquiriría la vida, y la dictadura del espíritu utilitario, le sorprendieron mucho. La evaporación de cierto lirismo, del relativo sosiego y holgura de la existencia cotidiana eran síntomas de que la época se embalaba por una pendiente peligrosa al filo del cambio de generación. Este embalamiento fue la causa esencial de su «rebeldía», su caída en un mundo de confusión, que tomó la forma de un conflicto con su padre, de mentalidad un poco tecnócrata, en el momento de tener que elegir una carrera.

Besancon había estudiado, con los jesuitas en el célebre colegio Stanislas de París. De su paso por él, no sin conflictos también, le iba a quedar el contenido del catecismo tridentino y una cultura retórica y estética —una cultura de la sensibilidad— fundada en la literatura francesa, algo de la latina y su interés por la pintura. Le iba a quedar, digo, porque este «cultivo» tuvo que reconquistarlo poco a poco años después. Cuando salió del colegio para preparar el Bachillerato en el liceo Louis le Grand, y una vez obtenido elegir una carrera, el «aire cultural» de París —el surrealismo, el marxismo y la bruma existencialista— empezó inmediatamente a hacer extragos en él. De viva sensibilidad, con inclinación hacia la literatura, el encontronazo con las directivas de su padre fue brutal. Éste le incitó a que estudiara farmacia, a que se preparara para un *cursus* de gran *patrón* universitario, lo que le procuraría, si seguía sus consejos, «dinero y honores». Esta perspectiva no en-

**LOS ARIETES
QUE
DERRIBARON
EL MURO**

**CONFLICTO
PATERNO**

***EL
DESQUICIAMIENTO
DE SU
PERSONALIDAD***

cendió su ilusión; sobre todo, su padre no se preocupó por su pretensión, y estalló un conflicto que duró muchos años. Y que le afectó profundamente. «Un conflicto familiar es una de las cosas más tristes, costosas y que más desgastan de este mundo. ¡Cuánto amo, aunque no lo haya bien practicado, el mandamiento: "Honrarás a tu padre y a tu madre"!.. He aprendido a mi costa que quebrantarlo agota las reservas biológicas que nos han sido acordadas, que no sólo matamos a nuestros padres, sino también a nosotros mismos, abreviamos nuestros días, obturamos la fuente de nuestra vitalidad, hacemos inhabitable la tierra que el Eterno, nuestro Dios, nos da.» Más allá de la aflicción personal, este lamento expresa la gravedad de la ruptura entre las generaciones, esto es, de la continuidad histórica, del desarraigo que lleva a la esterilidad.

La violencia de la guerra y las costumbres que engendró; la falta de ilusión por el futuro y el cinismo con que se lo tomaban los mayores; la inconsistencia de una educación estética y religiosa cuando están fundadas en la mera afectividad y no en un conocimiento firme de la realidad; el oropel de las modas intelectuales que hacían brillar ante los jóvenes un maravilloso porvenir sin que tuvieran que hacer esfuerzo alguno, ni poner trabas a sus deseos, el de la agresividad entre otros, fue el entramado que envolvió al adolescente Besancon y le condujo a un desquiciamiento de su personalidad, a no querer aprender, a olvidar y despreciar lo aprendido. Así, los libros que compraba no era para leerlos —en eso hizo bien—, sino «para tenerlos, para participar de su Maná, para rendirles culto público».

Este olvido y destrucción de la cultura —la cultura cuando no se retransmite ni se toma posesión de ella se evapora— iban emparejadas con la emergencia de una sexualidad perturbada y manipulada. «Temamos —escribe— unas inmensas ganas fornicadoras, pero una mínima cultura amorosa. La idea de jugarlos la vida por una mujer no nos rozó siquiera. Como surrealistas éramos salaces, pero prudentes.» «La ebullición de mis humores agravó mucho mis tribulaciones intelectuales.» En realidad, se trataba de un proceso alienador, del despojo consentido de sus posibilidades, de su realidad personal y proyectiva, de la luz que alumbra y consuela la vida: Dios. Besancon, muy finamente, describe el orgullo patológico que se encuentra en el origen de dicho proceso y de su aceptación. Refiriéndose al conflicto, artificialmente promovido, entre vida sexual y educación religiosa, artificial porque devoción y galantería han convivido a lo largo de la historia europea, precisa: «He consultado mi corazón y he encontrado una respuesta. Tememos menos los pecados que el perdón. Aceptamos ser culpables ante nuestras conciencias con tal de no exponernos a una instancia superior y misericordiosa.» Dicho de otro modo: lo que el hombre de nuestro tiempo rechaza ante todo es a Dios —y, con Él, vivir en la verdad—. En otro lugar, Besancon observa que si la religión se evapora en este siglo con tanta facilidad es a causa del «sistema de costumbres» y valoraciones que le informa. Hoy, en efecto, apenas es preciso lanzar campañas anticristianas; son las formas de la vida las que rechazan casi inconscientemente la reli-

gión. Observación perspicaz que ayuda a comprender muchos de los problemas que la Iglesia, a pesar de su *aggiornamento*, está teniendo después del Concilio Vaticano II.

Zarandeado por el espíritu del tiempo, Besaneon, como otros muchos miembros de su generación lo harán, se hace comunista. Ingresó en la célula de la Sorbona, donde estudiaba Letras, en la que militará varios años. Todavía no se ha perdonado el haberlo hecho. Este remordimiento es el motivo de que durante tanto tiempo se haya dedicado a disecar los mecanismos y la consistencia del mundo comunista. De aquellos años de vida gris salpicado de aventurillas de las que en el fondo se avergonzaba escribe: «La aceptación de la doctrina me dispensaba de adquirir ciencia.» Lo que le conducía a una *panne* intelectual que hubiera desembocado en «una degradación moral irreversible» —Besancon subraya a menudo la estrecha relación existente entre la moral y la inteligencia—, si ej azar no hubiera puesto la Providencia de su parte, dice irónicamente. En un baile de estudiantes conoce a una muchacha judía de origen humilde, María. Se enamora de ella, duda del porvenir a causa de la diferencia social existente entre ambos, adelanta su incorporación al servicio militar, pero a los pocos meses se casa con ella. «Dios, el Creador providente, nos da siempre un margen para resistir a los peligros y a las congojas, incluso las que nos afligimos a nosotros mismos.» María ha sido la encarnación de esa providencia. A través del amor y del descubrimiento de su propia persona como realidad amorosa y enamorada, Besancon va a ir recuperando poco a poco su fe religiosa y la cultura estética y literaria de su bachillerato, que ha apuntalado con una sólida cultura histórica y un pensamiento metódico. «El amor —comenta— restituye las criaturas al estado en que las ha querido su Creador; el amor arranca la máscara grotesca y descubre el verdadero rostro de la persona devuelto a la belleza.» Y a la verdad, hay que añadir. Estas memorias, admirablemente escritas, reanudan, pues, con una vieja tradición literaria francesa: *le moralisme*.

Con su matrimonio, ¿su vida, llega, por tanto, a «otra orilla después del naufragio». Desde ella reemprende su trayectoria, se apacigua, y su primera decisión es poner en guardia a los demás contra los peligros que ha corrido, denunciar a los impostores que se han puesto al servicio del totalitarismo y tienen como fin la destrucción de la cultura. Y relata los estragos que han causado en su generación y la siguiente: «la indulgencia plenaria para las costumbres irregulares, el total irrespeto por la propiedad y el lado jurídico de la vida; el interés por lo sociológico a expensas de lo religioso en las Iglesias, la falta de curiosidad por las razones de la fe; la vaguedad, la imprecisión, la falta de conocimiento» y, consecuencia, la descomposición del tejido lingüístico «reducido a un *patchwork* de tópicos sacados de las "ciencias humanas" y cosidos con gritos y onomatopeyas». Errores que han dejado una profunda huella en el paisaje histórico francés.

Esta autobiografía se detiene en 1957, año en que aprueba la agregación. Oposición, ironiza, en la que no se trata de demostrar lo que se sabe, sino «de sugerir a los miembros del tribunal que

**MILITANCIA
COMUNISTA**

**OTRA
ORILLA
DESPUÉS
DEL
NAUFRAGIO**

sería muy agradable para ellos y muy conveniente en general que le aprueben a uno». Manera de decir el valor en que los hombres de nuestro tiempo tienen al conocimiento. Besancon promete la continuación de sus memorias. Entre 1960 y 1980 el paisaje que nos describa será todavía desolado y sin luz. Pero a partir de ahí es posible que el tono del relato cambie. Desde hace unos años algunos historiadores han emprendido la tarea inexcusable de tomar posesión de la inmensa mole de maravillas de la cultura francesa. Entonces quizá volvamos a encontrar el paisaje verde y frondoso de siempre, matizado de grises y azules, de armoniosos contrastes de luz y de sombra, de cielo claro y cambiante, con las cosas ordenadas según amor y razón, y los ríos, majestuosos y serenos, que vuelven a dar a la mar.